

# Declaración de Guillermo

## BERNARDO ATXAGA

Bernardo Atxaga es el nombre con que Joseba Irazu Carmendia firma su producción literaria. Nació en Astigarraga, País Vasco, en 1951, y en 1976 publicó su primera novela corta, *Zintateaz* («De la ciudad»). Con *Obabakoak* (1988) obtuvo el Premio Nacional de Literatura, el de la Crítica y el Premio Euskadi. *El hombre solo* (1993) consiguió el Premio de la Crítica. Su última novela, *Esos cielos* (1995), obtuvo el Premio Euskadi.

Pepe y yo emigramos al norte el mismo día que en Rute, nuestro pueblo natal, ponían *El Alamo*. Vimos la película, tomamos unas copas en el bar de la plaza y salimos en autobús hacia Bilbao, porque al principio eso era lo que pensábamos, que la fábrica que nos había empleado estaba en Bilbao; pero luego resultó que no, que estaba en un pueblo aún más pequeño que Rute y que no tenía ni cine ni nada. Era un pueblo que a la semana de llegar me parecía a mí más raro que cualquier sitio de África o de Arabia, tan raro tan raro que no había día que no me volviera hacia Pepe y le dijera:

—Pepe, esto no es España.

En cuanto se lo decía Pepe se echaba a reír con toda su alma burlándose de mí y preguntándome si estaba asustado, porque en aquella época Pepe era así, un hombre muy reidor y echado para delante. Tenía entonces veinticinco años, y cuando pienso que se fue de este mundo con veintisiete casi no me lo puedo creer, no me entra en la cabeza que una persona pueda cambiar tanto en dos años. Porque a Pepe no lo mató la enfermedad ni lo mató nadie, sino que se mató él mismo.

Siguiendo con lo de la rareza del pueblo que nos habíamos encontrado al salir del nuestro, yo le respondía a Pepe que no era cuestión de miedo, que era cuestión de que allí no podíamos hablar con nadie, porque la gente de aquel

pueblo decía *chacurra* donde nosotros decíamos «perro», o decía *Egumon* donde nosotros decíamos «buenos días», es decir, que hablaban el vasco, una lengua que parecía imposible de entender incluso para los naturales del país. Por otro lado, tampoco es que a ellos les resultara fácil entendernos a nosotros, por el acento sobre todo, y a veces nos pasaba que ni con la mejor voluntad podíamos charlar con un compañero de la fábrica o con una chica. Había una chica, concretamente, que cada vez que bailaba con ella me decía algo así como *icazaldec bizequetan andaluza*, es decir, «¿has aprendido ya a hablar, andaluza?». Y yo le decía que no, pero que podía bailar mejor que cualquiera de los del pueblo. De todas formas, no era sólo lo de la lengua. También estaban las costumbres, y por ejemplo allí no gustaba nada que la gente saliera la noche de Navidad a cantar villancicos, a la tarde sí pero a la noche no, y así nos lo dijo Enriqueta, la señora andaluza que llevaba el teléfono público, que ni se nos ocurriría salir con lo de pero mira cómo beben los peces en el río, que por la tarde lo que quisiéramos, pero que de noche se consideraba un sacrilegio, y que la mala fama que tenían muchos andaluces en el pueblo era por cosas de éas. Recuerdo que también en aquella ocasión Pepe se rió mucho, no se preocupe Enriqueta que éste y yo ya nos cuidaremos de que la Navidad nos agarre en un sitio en que se pueda tocar la zambomba hasta las cinco de la madrugada, ya me entiende usted. Aunque luego la verdad sea dicha, la Navidad nos agarró en la fábrica, porque nos tocó turno de noche, y lo único que hicimos de especial al día siguiente fuimos al cine más cercano, que estaba a cinco kilómetros, y ver una película de John Wayne, *El hombre que mató a Liberty Valance*.

Comiendo también eran diferentes. Allí no podía encontrar uno gazpacho, y lo mismo ocurría con la ensalada

de tomate. Ahora parece impensable, pero es cierto: los vascos del pueblo donde trabajábamos Pepe y yo se partían de la risa si nos veían comer tomate crudo con un poco de sal y aceite. Por poner un ejemplo, cuando la chica con la que yo solía bailar se cansó de decirme aquello de *icazaldec bizequetan andaluza*, empezó a preguntarme a ver si ya había comido tomate aquel día, *gaur jamaldec tomata andaluza*.

Yo no sé qué le pasó a Pepe, pero ahora que he hablado del baile me parece que fue mala suerte que él se echara novia en Córdoba unos cuantos meses antes de salir para el norte, porque aquello, como decía Garmendia, el taxista del pueblo, era un *flanco abierto*; claro que Garmendia con eso del flanco abierto solía referirse a la forma de torear de los toreros que no le gustaban, como El Cordobés, y no a las cuestiones de la vida. Pero da igual: lo que yo quiero decir es que lo de la novia que dejó en Andalucía era como la zona débil por donde le entró todo lo malo igual que entró la lanza en el costado de Cristo.

Lo primero, lo primero de lo malo quiero decir, era que Pepe vivía en dos lugares a la vez, lo cual no significa que viviera doble, sino que vivía la mitad o no vivía en ninguna parte, porque se pasaba el día escribiendo cartas *querida Herminia aquí estoy otra vez contigo para contarte lo que he hecho hoy*, que así se llamaba su novia, Herminia, y así empezaba él todas las cartas, *querida Herminia aquí estoy otra vez contigo para contarte lo que he hecho hoy*. Además, no estaban sólo las cartas, estaban también las llamadas de teléfono, y no era raro que la señora Enriqueta apareciera por el bar donde nos alojábamos diciendo te llama Herminia desde Rute, y entonces Pepe dejaba lo que estuviera haciendo, dejaba por ejemplo la cena a medio comer y se iba al teléfono público. Aquello me parecía a mí pasarse de la raya, y a veces así se lo decía, pero Pepe, acuédate, te estás poniendo como

aquel soldado que nunca salía del cuartel, aquel que llamaban *Bolígrafo* porque siempre estaba tumbado en el catre y escribiendo a alguien, sinceramente te lo digo Pepe, no sé cómo a Herminia y a ti no se os acaba la correa. Pero él se reía y decía que aquello era amor. ¿Amor? Eso no es amor, hombre, eso es una cursilada, le decía entonces Garmendia el taxista enfadándose con él. Verdad que para Garmendia la mayoría de las cosas eran una cursilada, era cursilada por ejemplo la forma de torear de El Cordobés o una película como *Los comancheros*, que a casi todo el mundo le gusta muchísimo, pero con lo de Pepe tenía razón.

En lo que a mí se refiere, cada vez me encontraba mejor en aquel pueblo. Tenía trato con bastante gente, sobre todo con aquella chica con la que me juntaba en el baile, y también con Garmendia, con quien solía tener unas discusiones enormes debido a que él era muy de El Viti y yo muy de El Cordobés. Eso, sin contar con los que me veía a diario en el bar del pueblo, en aquel bar que era en realidad un *ostatu*, una especie de posada que tenía de todo, comedor, camas, tienda y carnicería. A mí me gustaba mucho el ambiente de aquel sitio. La dueña, que se llamaba Concha, y a la que todos sin excepción llamaban Señora Concha, era una mujer especial, pero especial a la manera buena, porque por ejemplo era generosa, y no era raro que viniera donde los que estábamos cenando y nos dijera os gusta la tarta de crema y almendras, pues ahí os la dejo, comed lo que queráis, y no me deis las gracias porque es la que sobró en la boda de ayer. Además, tenía costumbres que yo no he visto en ninguna parte, como la de humear todo el local con la primera olla de café, de tal modo que cuando bajábamos los huéspedes a desayunar nos encontrábamos con un olor que daba gloria respirarlo. Y luego estaba lo del ciclismo. Hasta que la conocí, yo no concebía que una mujer pudiera ser entendida

en ciclismo, y me quedé de piedra cuando, al hacernos la ficha de alojamiento, y al decirle Pepe y yo que éramos de Rute, Córdoba, ella dijo con toda tranquilidad, ah, ya, del pueblo de Gómez de Moral. Buen ciclista ese Gómez de Moral. Buen rodador, sobre todo. Y cuando llegaba la temporada de ciclismo, la cosa era sabida: se cenaba bajo el toldo de la terraza y escuchando la crónica de la Vuelta o del Tour. Si los de alguna mesa se ponían a hablar alto, cosa que casi siempre sucedía en la que se sentaba Garmendia, que era contrario acárrimo de Bahamontes, ella subía el volumen de la radio y asunto arreglado.

Siguiendo con la historia de Pepe, él apenas participaba en aquel ambiente. Parecía conformarse con las cartas, el teléfono y alguna película que otra, aunque también lo de las películas lo fue dejando, porque según decía no le encontraba gusto a ninguna, ni siquiera a aquella tan buena de Robert Mitchum, *El póker de la muerte* creo que se llamaba. Naturalmente, aquello no podía durar, no era plan para un hombre de veinticinco años. Poco a poco, las cosas empezaron a torcerse. No sé, quizás empezaron a torcerse el día en que le propusimos cambiar de vida. ¿Por qué no te traes a Herminia?, le preguntamos aquel día después de que volvió de otra de las llamadas a media cena. Él respondió: porque no tengo piso propio. Cuando tenga piso propio me casaré con ella y la traeré. Entonces Garmendia le dijo: pues mientras tanto que te llame media hora antes o media hora después, porque de lo contrario no vamos a poder cenar en paz. Ella me llama cuando puede, le respondió Pepe algo molesto. Lo que le pasa a éste es que no quiere casarse, dijo entonces el médico del pueblo señalando a Pepe con un gesto chulesco. Era un tipo alto y bastante joven, y se abría en el bar como nosotros. Seguro que esa Herminia es feísima, añadió. Era una broma, claro, pero de mala intención. Aquel

médico no era buena gente. Cuando metía baza en nuestras conversaciones, siempre era para desairar a alguien.

Ya he dicho antes que la novia era el flanco abierto de Pepe, la parte de su vida por donde le entraba todo lo malo. Pero lo malo que habíamos conocido hasta entonces, lo de vivir en dos sitios a la vez y todo eso, era poca cosa, y aquello de las cartas y las llamadas hubiera terminado el día en que Pepe se comprara un piso para casarse con Hermínia. Con el médico, en cambio, la cosa fue diferente. Lo malo de lo malo, el verdadero sufrimiento, 'le llegó a Pepe con aquel médico. Parece mentira que la única persona con cultura en aquel bar fuera la más dámata, porque yo sé que eso no suele ser así, pero nada es más cierto que lo que digo.

Pepe no olvidó lo que el médico había dicho sobre la fealdad de Hermínia, y una noche que estábamos tomando un helado en la terraza se acercó donde nosotros con una fotografía en la mano. Primero se la entregó a Garmendia, el taxista. ¿Qué le parece a usted, Garmendia? ¿Esfea mi novia? Hombre, no me vengas con cursiladas, le dijo Garmendia volviéndose hacia el otro lado, porque Garmendia era así, un buen hombre pero un poco bárbaro hablando. Sin embargo, cuando al fin miró la foto exclamó, ¡Qué belleza, Pepe!, ¡qué belleza! ¡Pero si parece Claudia Cardinale! ¿Estás seguro que es así? Entonces Pepe le quitó la foto y me la entregó a mí. Cuéntales, Guillermo, me dijo, cuéntales si es o no es así. Es así o más guapa, dije yo. Y no mentía Hermínia pasaba por ser una de las chicas más guapas de Rute. Entonces se levantó el médico y miró la foto por encima de mi hombro. Todavía recuerdo el silbido. Le salió del alma. Yo creo que hasta se calentó un poco. ¿Esta es Hermínia?, dijo en un chillido. Pues sí, ésa es la chica que según usted debía de ser feísima, le respondió Pepe. Ahora sí que no entiendo nada, dijo el médico llevándose las manos a la

cabeza. ¿Cómo puede un hombre dejar a una mujer así en Andalucía? ¿Cómo puede quedarse tan tranquilo estando ella a casi mil kilómetros de distancia? Desde luego, yo no la dejaría. No soy tan ingenuo. ¿Qué quiere usted decir?, le dijo Pepe. Hombre, no seas cursi, ya sabes a lo que se refiere, dijo Garmendia. Pues no, no lo sé, afirmó Pepe poniéndose tenso. Antes de hablar, el médico se rió con su risa de chulo. Pues es bien fácil, dijo. Seguro que hay muchos señoritos en Rute que se mueren por llevar a tu novia a la cama. Y con la oportunidad que tú les estás dando, alguno de ellos lo logrará, seguro. Si no lo ha logrado ya, claro.

Pepe guardó la fotografía y luego le insultó al médico, bien claro se ve, le dijo, bien claro se ve la clase de mujeres que usted ha frecuentado, empezando claro está por su madre. Como toda respuesta el médico soltó una carcajada. Además de chulo, era un cobarde.

Por aquella época yo ya no hablaba tanto con Pepe, en parte por su culpa, por el asunto de las cartas y demás, y en parte por la mía, porque para entonces, al año de nuestra llegada al pueblo más o menos, yo tenía bastante trato con la chica del baile, es decir, que ella y yo ya estábamos en la fase de *earri mushua*, es decir, en la de los besos. A pesar de todo, yo a Pepe no le veía mal, aunque, claro, para saber lo que en aquel momento pasaba por su cabeza yo habría tenido que leer sus cartas y ver si había habido algún cambio en ellas, si por ejemplo le hacía preguntas raras a Hermínia. Pero, en fin, a primera vista no parecía que Pepe estuviera mal, y eso que el médico seguía actuando como esos boxeadores rasgados que siempre golpean en la herida abierta. No perdía oportunidad para recordarle a Pepe la cantidad de hombres que andarían rondando a Hermínia allí en Rute.

No sé cuántos meses pasaron desde el día que Pepe vino con la fotografía de Hermínia, aunque debieron de ser

bastantes, porque recuerdo que Dorotea y yo, es decir, la china del baile y yo ya estábamos en lo de *ez kontzian bai orain ez*, en la fase de cuando nos casemos sí ahora no, quiero decir. Entonces ocurrió lo que tenía que ocurrir. Ocurrió concretamente un domingo. Mientras nosotros, Dorotea y yo, nos metíamos en el cine a ver *La conquista del Oeste*, Pepe se dedicó a perderse por la ciudad, pero a perderse por el barrio de mala nota, y no volvió al pueblo hasta muy tarde, y además borracho, que bien lo sentí yo desde la habitación de allado. A la mañana siguiente, uno de los encargados de la fábrica pasó junto a mí y me preguntó qué dónde estaba Pepe, y yo le dije casi sin pensar que estaba enfermo. Espero que no sea una cosa de la cabeza, me dijo el encargado. ¿De la cabeza? No, creo que es una gripe, le respondí un poco asustado de lo que el comentario daba a entender. Mejor, mejor, me dijo el encargado, las cosas de la cabeza no se curan nunca.

Cuando volví del trabajo y subí a la habitación de Pepe, lo encontré de rodillas y mirando a la pared, y gimiendo ay, Dios mío, ay, Dios mío, y yo me acerqué donde él y le dije, qué pasó ayer, Pepe, ¿te fuiste de putas? y él asintió con la cabeza varias veces, y me pareció que, efectivamente, estaba enfermo de la cabeza. Cuando se tranquilizó un poco me dijo que pensaba quedarse de rodillas durante siete días y siete noches, como castigo por haber engañado a Herminia. Qué voy a hacer ahora, me dijo, a lo mejor se me ha contagiado una enfermedad de esas sucias. Intenté razonar con él, pero no me fue posible. Te echarán de la fábrica, le dije. Pero nada, en aquel momento a él le daba lo mismo. Te subiré algo de comida, le prometí antes de marcharme. Era lo único que se podía hacer con él.

De la fábrica no le echaron, porque cuando salió de aquella penitencia tenía un aspecto tan malo que todo el mundo creyó lo de su enfermedad. Pero, de aquello, Pepe

no se recuperó. Le dio por pensar que si su carne era débil, también la de Herminia lo podía ser. Yo he fallado, así que también ella puede fallar, ése era el razonamiento que se hacía a sí mismo y que luego repetía a todos los que se encontraba en el mostrador del bar. Una de esas veces se encontró con el médico y, claro, éste no desaprovechó la ocasión para hacer su chiste, será follar, le dijo, no fallar. Con todo y con eso, Pepe no lo rehuía; al contrario, parecía disfrutar de la humillación a la que le sometía aquel chulo. En lo que a mí se refiere, sólo me buscaba para pedirme cosas raras, por ejemplo que les escribiera a mis primas de Rute rogándoles de su parte que vigilaran a Herminia. Yo le decía que sí para que se tranquilizara, no por otra cosa. A mí no me gustan los que no se respetan a sí mismos. Para esas cosas, yo soy de raíz muy honda.

Luego hubo un cambio en su personalidad, el último. Se hizo muy hurano. Dejó su habitación en el bar y alquiló un piso. Yo casi no le veía, porque además me cambiaron de sección en la fábrica. Así las cosas, un día me pidió que fuera a tomar café a su piso. Recuerdo que estaba bastante sucio y que todo olía a fritanga. Hasta el vino miró a los ojos y exclamó:

—¡Esto no es España, Guillermo!

Yo me quedé un poco parado con aquella frase, porque era la misma que yo había soltado al llegar al pueblo, casi dos años antes. Pero lo que yo había dicho con asombro, o quizás con miedo, él lo decía con amargura. Enseguida me di cuenta de que achacaba todos sus males a la gente del pueblo, a lo raros que eran y a lo poco que nos querían a los de fuera. Pero para entonces yo ya había fijado la fecha de la boda con Dorotea, que era más del país que las manzanas, y todo lo que Pepe me decía me sonaba a tontería o a mala

baba. Me marché sin decirle que me casaba y sin preguntarle por Herminia.

Tuvo algunos problemas más, porque con aquello de echar la culpa de todo a los vascos cogió fama de chivato de la Guardia Civil, y todos lo rehuían. Pero aquella situación duró muy poco. Un día de mayo, otro domingo, Pepe llamó a Garmendia y le dijo que tenía que llevarle al cementerio de Rute en su taxi, porque Herminia había muerto y quería verla por última vez. Dorotea y yo nos enteramos al volver del cine, y la noticia nos quitó el buen sabor de boca que nos había dejado la película que habíamos visto aquella tarde,

*Cuatro tíos de Texas*, creo que se llamaba.

Lo que sabemos a partir de ahí lo sabemos por Garmendia. Dice Garmendia que durante el viaje Pepe estuvo muy callado, y que a veces reía y a veces lloraba, y que cuando llegaron al cementerio de Rute le pagó el viaje y le encargó que nos diera recuerdos a todos. Y Garmendia: yo no pienso volver ahora mismo, no me voy a meter otros mil kilómetros entre pecho y espalda. Si quieras te espero hasta mañana y volvemos juntos. Pero, por lo visto, Pepe no quiso. ¿Qué llevas en esa bolsa?, dice Garmendia que le preguntó entonces. Llevo flores para Herminia, dice que le dijo Pepe. Pero no era verdad. Lo que llevaba era una escopeta de caza. Y con ella se mató allí mismo, después de sentarse en una de las tumbas del camposanto; en una tumba cualquiera, quiero decir, y no en la de Herminia, como se ha corrido por ahí. Y es que tiene razón Garmendia, a la gente le gustan las cursiladas estilo Sissi, y prefiere creer que los dos murieron de amor en vez de hacer caso a lo que ya les hemos explicado mil veces, es decir, que Herminia no murió y que hace muy poco acaba de tener su primer hijo, lo mismo que yo.